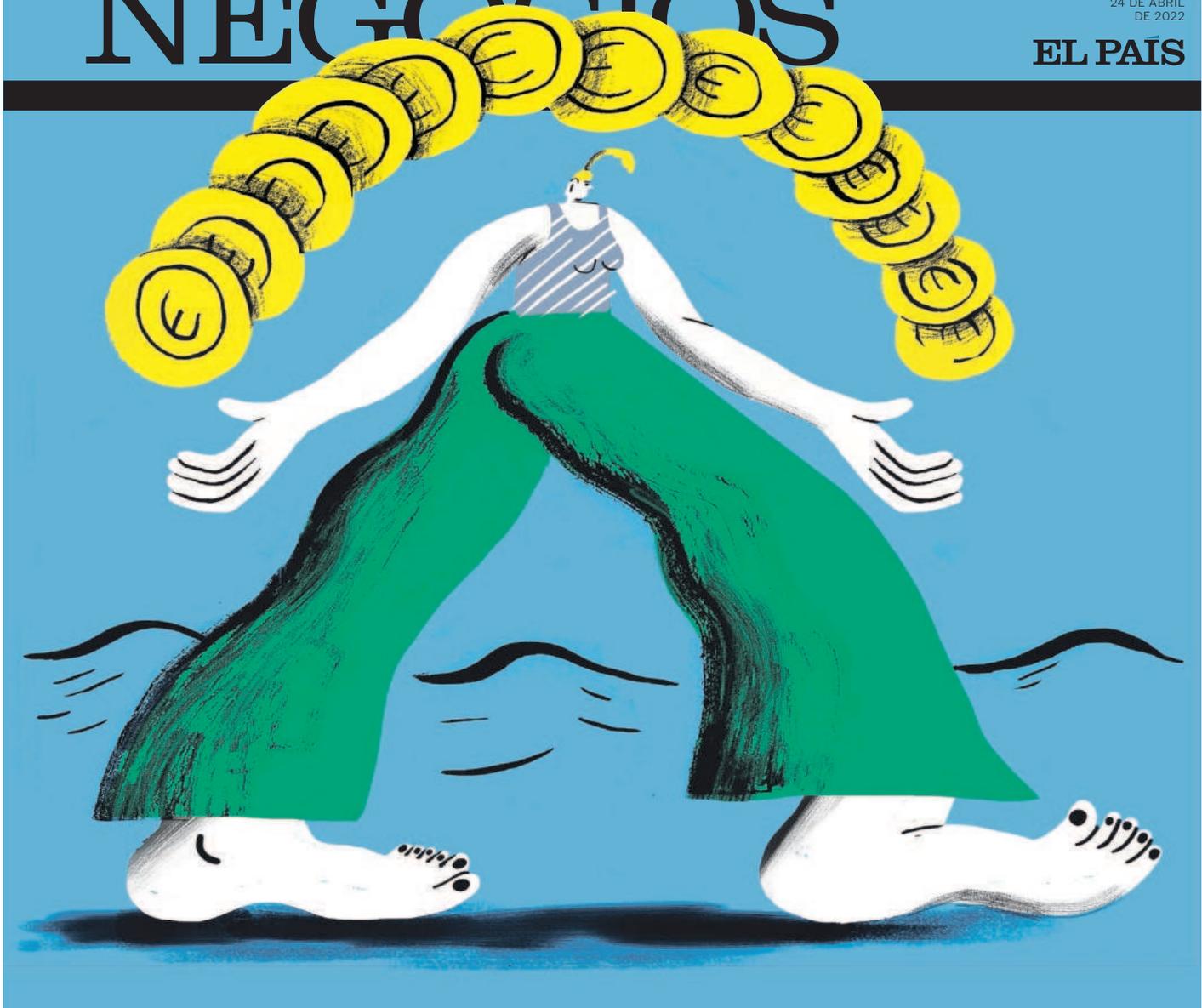


NEGOCIOS

Nº 1.903
DOMINGO
24 DE ABRIL
DE 2022

EL PAÍS



Ellas prefieren otro capitalismo

El movimiento feminista propugna una economía más social, en la que individualismo deje paso a la familia y se pague un salario por los cuidados



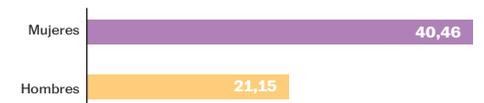
LEGISLACIÓN

Derechos desiguales.

El informe del Banco Mundial *La mujer, la empresa y el derecho 2022* indica que 2.400 millones de mujeres carecen de igualdad de oportunidades: no tienen los mismos derechos económicos que los hombres, sino las tres cuartas partes. En 86 países cuentan con restricciones para trabajar y en 95 no se garantiza idéntico salario para el mismo puesto.

Trabajo a tiempo parcial en España

En % de total de trabajadores



Fuente: World Economic Forum

EL PAÍS

INEQUIDAD

213.000

El gap en España.

La brecha de género en España, según Closinggap, tiene una cifra: los 213.000 millones del coste de oportunidad que pierde la economía por la menor participación laboral de la mujer.



La mirada feminista se abre paso en la economía

Las mujeres reclaman que los cuidados sean remunerados y que se anteponga el bienestar social al material

POR MIGUEL Á. GARCÍA VEGA

La economía feminista es una ecuación con distintos resultados. Todos, pueden ser, correctos. Al igual que todas las mujeres no son iguales y tienen diferentes rostros. El pensamiento económico femenino son infinitas parcelas. Minifundios. Aunque juntos construyen una tierra fértil en la que durante décadas muchos economistas solo distinguieron un suelo baldío y polvoriento. Pero aún hoy se impone ese sentido de no molestar. Como esos carteles que cuelgan en las habitaciones de los hoteles y que protegen la intimidad del deseo. Una de las principales economistas españolas, experta en esta corriente, pide el anonimato. “Es un tema muy espinoso”, justifica. Su propuesta es kantiana. Diferentes categorías.

La “economía feminista” reniega del capitalismo actual. Después, en la taxonomía, caminaría la “economía de género”. Aquella que habla de lo que se denomina en la jerga “cuentas satélites”. Lo que aportarían al PIB si se incorporaran trabajos (generalmente efectuados por mujeres) como cuidar de los hijos y los mayores, atender la casa o la familia. Y al final. O al principio —depende de quién observe el rostro— estarían las “economistas liberales”, “que aceptan la economía neoliberal [privatización, libertad de los mercados financieros]: esto es algo que chirría mucho a las feministas”, avisa la académica. Por entender bien las fuerzas centrífugas y centrípetas que gobiernan esta corriente económica. “Una economista como la influyente Mariana Mazzucato” [profesora en la University College London], “quien ha defendido que el capitalismo actual resulta incompatible con el feminismo”, nunca sería invitada a unas jornadas de economía feminista”, admite la docente madrileña.

Los grandes bancos publican infinidad de estudios con decenas de páginas del coste económico de orillar a las mujeres. Goldman Sachs escribe (en un informe de marzo de 2021) su narrativa de cifras. Cerrar la fractura salarial y de trabajo de las mujeres estadounidenses contribuiría en 1,5 billones de dólares (1,3 billones de euros). El 7,3% de la riqueza del país. Y la Bolsa se dispararía en-

tre el 3% y el 9%. La misma firma (febrero de 2022) reconoce que las mujeres negras contabilizan el 6% de la población del país pero solo son propietarias del 2% de los negocios. Números infinitos cuando la gente aspira a una vida “pequeña” y “segura”. La inequidad avergüenza. Solo el 0,5% de las mujeres negras posee su propio negocio. Una tasa 24 veces por debajo comparada con las mujeres blancas.

Esta tierra que una vez estuvo yerma y perteneció a hombres huecos reclama algo más que números. La brecha de género sigue costando al mundo 160 billones de dólares (143 billones de euros) al año.

La brecha de género cuesta 143 billones de euros al año en el mundo

Yolanda Jubeto: “El modelo económico masculino no es válido ni sostenible”

Las palabras, y no las cifras, son la econométrica femenina. “El capitalismo actual resulta incompatible con el feminismo”, comparte, con Mazzucato. Joyce Jacobsen, presidenta y profesora de Economía de los Colleges Hobart y William Smith en Estados Unidos. “Sin una intervención gubernamental significativa para compensar las cargas del trabajo no remunerado, el capitalismo no igualará el terreno de juego entre hombres y mujeres”. El mismo destino le aguarda a la pobreza y la reducción de la inequidad. No existe el único feminismo ni tampoco un único paradigma económico. “Pero cada vez resulta más claro que el modelo “masculino” de la economía, formado por un sujeto independiente, sin responsabilidades ni vínculos afectivos, con prioridades claras centradas, exclusivamente, en el éxito social y mercantil por encima, incluso, de toda ética, no resulta válido ni en la teoría ni en la práctica, si que-

remos que nuestra vida en este planeta sea sostenible ecológica y socialmente”, avisa Yolanda Jubeto, doctora en Economía Aplicada de la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU).

El capitalismo actual no sirve al modelo feminista porque busca multiplicar sus ganancias económicas frente al beneficio de la sociedad. Ambos pensamientos resultan incompatibles. Las políticas neoliberales de los años sesenta y setenta de Thatcher y Reagan justifican el comienzo. Pero nunca el presente. “El 52% de la población europea son mujeres”, desgrana Emilio Ontiveros, responsable de Analistas Financieros Internacionales (AFI). “Sin embargo, sus ratios de inclusión son menores y cobran menos que los hombres”. Y la igualdad de género que promueven los Fondos Next Generation (dotados con unos 105 millones de euros de forma directa para esta cuestión, aunque con la igualdad como eje transversal que se tendrá en cuenta en buena parte de las convocatorias) es escasa. Parecen destinados a trabajos de hombres. La activista feminista egipcia Nawal El Saadawi (1931-2021) escribió: “No creo que los derechos de las mujeres provengan del Gobierno, de ningún Gobierno. Creo que obtienen sus derechos por su propio esfuerzo”. Aunque, en un mundo justo, nadie debería luchar por derechos universales, solo disfrutar de ellos. Hace siglos que el filósofo griego Demócrito de Abdera enseñó a sus discípulos que “preferiría entender una sola causa que ser el Rey de Persia”.

Salario mínimo

Un trabajo de la oenegé Oxfam de 2020 —citado por *The New York Times Magazine*— revela que si las mujeres estadounidenses recibieran el salario mínimo por el trabajo que desempeñan en la casa y el cuidado de sus familiares hubieran ganado 1,5 billones de dólares (1,3 billones de euros) durante 2019. Resuena un monólogo interior: “Mira dónde llegaríamos si nos valoraran”. Aunque las mujeres no quieren solo que ese trabajo se valore o remuneren, quieren que se comparta para que las oportunidades de desarrollo profesional sean iguales a las de los hombres. Quizá el ca-



Marchas feministas en Nueva York el 8 de marzo de 2020. ERIK MCGREGOR (GETTY IMAGES)

pitalismo de los cuidados sea el único aceptable. Sin embargo, los expertos, que danzan con el neoliberalismo, miran sus pasos. “Se puede ir más allá”, indica Martin Wolf, prestigioso analista económico. “Para mejorar los resultados desiguales de la economía de mercado, en el papel de la familia como elemento básico económico y de la sociedad. Sin embargo, la visión y los intereses de las mujeres son diferentes en muchos aspectos”.

Tal vez sea cierto. Quizá haya que preguntárselo a un mito. Silvia Federici, 79 años, académica y teórica del trabajo doméstico y una de las pensadoras socialistas feministas más influyentes del último siglo, quien se ha ganado el privilegio de ser un tesoro nacional estadounidense. Lleva décadas criticando la forma en la que la sociedad capitalista no reconoce lo que ella llama “trabajo reproductivo”. No es solo tener hijos. Es el cuidado del hogar, la familia, los mayores, las personas

a su cargo, alimentarlos, sanarlos. Bañar a la abuela o cuidar, a diario, del césped. La sociedad ni lo recompensa ni lo acepta. Un grupo de actrices ricas y ejecutivos (incluyendo a Julianne Moore, Charlize Theron y los líderes del agregador de gimnasios ClassPass o Birchbox, distribución de maquillaje) reclaman un Plan Marshall para madres que incluya una asignación mensual del Estado. En marzo de 2020, la académica, profesora de estudios afroamericanos en la Universidad de Princeton y activista Keeanga-Yamahtta Taylor escribió proféticamente en *The New Yorker*: “La vida de los estadounidenses se ha visto súbita y dramáticamente alterada, y cuando las cosas se ponen patas arriba, el fondo sale a la superficie y queda expuesto a la luz”. Fue un año de desagradables revelaciones, que la mayoría de los americanos — los millones de personas que fueron despedidas o revocados sus permisos de empleo, o que tui-

ron la suerte de ser denominadas no esenciales — vivieron aislados en casa. ¿El hogar como cárcel? ¿Y el ser humano ajeno al sufrimiento? Pese a todo, Federici es optimista: “Existe mucha belleza, generosidad y coraje. Dios mío. Todavía hay gozo y belleza en este mundo. Y espero que prevalezca sobre aquellos que solo quieren controlarla y destruirla”.

Aunque las mujeres no quieren portar una rama de olivo en el estrado de la ONU. Son otros amaneceres. Sin justicia, la tierra abrasa bajo sus pies. Defienden lo que la historia y la desigualdad les ha arrebatado a lo largo de siglos. Linda Scott, profesora emérita en la Universidad de Oxford, bien podría ser la sucesora de los postulados de Federici. Son firmes. Toda mujer es a la vez patria y exilio. El siglo XX — describe — fue el punto álgido de la huida. El intercambio era la única medida de actividad económica. Las mujeres — al no recibir ingresos por su trabajo doméstico — no con-

Un grupo de actrices ricas demandan un Plan Marshall para madres con un subsidio mensual

Silvia Federici aboga porque se reconozca lo que ella llama “el trabajo reproductivo”

taban en las estimaciones de las economías nacionales. “Pese a cultivar y producir el activo más valioso de todos: el capital humano”, recuerda. Trabajaban sin remuneración en las explotaciones agrícolas y el dinero era entregado al cabeza de familia. “Como consecuencia, la unidad de medida más pequeña en economía continúa siendo el hogar. Y el dinero controlado (o no) por ellas resulta prácticamente imposible de calcular porque la riqueza se atribuye al hogar y a su (presunto) jefe de la familia”, reflexiona. Se entiende ahora que esos estudios de billones de euros que publican las consultoras son narrativas desde las élites. Las mujeres — calcula Scott — producen ahora mismo el 40% del PIB mundial y más del 50% del suministro de los alimentos del mundo. Y sin ellas resulta imposible resolver — frente a los desafíos geoestra-

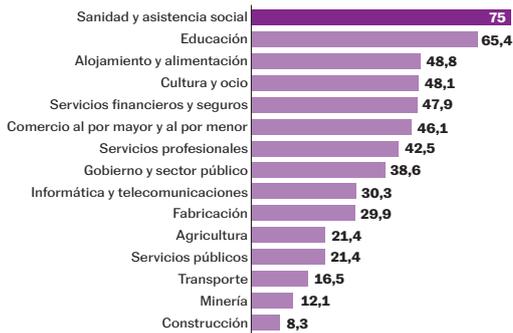
Las mujeres quieren redefinir el capitalismo

Brecha mundial de género

Los 15 mejores países		Los 15 peores países	
1	Islandia	142	Qatar
2	Finlandia	143	Kuwait
3	Noruega	144	Marruecos
4	Nueva Zelanda	145	Oman
5	Suecia	146	Mauritania
6	Namibia	147	Arabia Saudí
7	Ruanda	148	Chad
8	Lituania	149	Mali
9	Irlanda	150	Irán
10	Suiza	151	Rep. Dem. Congo
11	Alemania	152	Siria
12	Nicaragua	153	Pakistán
13	Bélgica	154	Irak
14	España	155	Yemen
15	Costa Rica	156	Afganistán

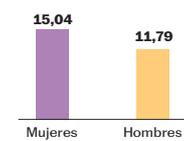
Mujeres empleadas por sector

Datos de 2019. En %



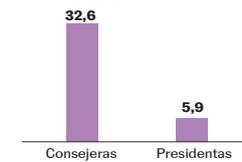
Desempleo en España

En % de la población activa (15-64 años)



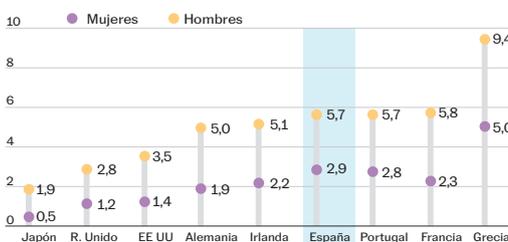
Mujeres en el IBEX 35

Datos de 2021. En % sobre el total



Emprendimiento por países

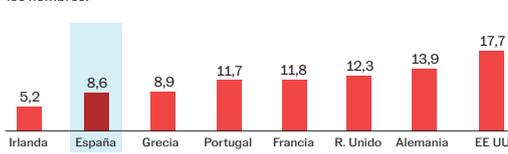
Autónomos con empleados, por sexo, en %



Brecha salarial de género

Empleados, en %.

La brecha salarial de género se define como la diferencia entre los ingresos medios de hombres y mujeres en relación con los ingresos medios de los hombres.



Fuente: World Economic Forum, INE y OCDE.

EL PAÍS



Viene de la página 3

tégicos— el gran problema del planeta: la inequidad. Economistas masculinos: Piketty, Varoufakis (quien se disculpa por no participar en el reportaje debido a la guerra contra Ucrania) o Branko Milanovic llevan años, al igual que Santo Tomás, introduciendo el índice en esa línea.

Sin embargo las mujeres son diferentes a los hombres. Esa idea de igualdad económica es una pieza de mármol fracturada en las canteras de Carrara. Insuperable. Uno de los mayores errores de una sociedad patriarcal. “Cuando las mujeres tienen dinero y libertad de decidir cómo gastarlo, eligen invertir en buena nutrición, educación y atención sanitaria, sobre todo para sus hijos”, desgrana Linda Scott. “Este comportamiento en el gasto saca a la gente de la pobreza, establece y mantiene la clase media y contribuye al crecimiento económico nacional”. Trincheras frente a la violencia machista. Esta agresión y sus muertes —estima— le cuesta al mundo el 5% (visitas al hospital, tratamiento posttrauma, días de trabajo perdidos) de su riqueza. Y la diferencia salarial entre hombres y mujeres apenas sorprende. En el Reino Unido, en un hogar medio, es de 9.000 libras (10.800 euros) sobre una renta estándar del 39.000 libras (46.800 euros).

La economía jamás es ciega. Vive empujada por siglos de inercia machista. Además —como afirma María Solanas, directora de Programas e investigadora de género del Real Instituto Elcano— “lo que no se mide, no existe”. Las vacunas no tuvieron en cuenta la menstruación de las mujeres ni sus cambios hormonales. Los coches sitúan sus Air-Bag a la altura de los hombres. Cuando las mujeres son, de media, más bajas. Además, a la hora de diseñar este dispositivo no se ha tenido en cuenta el impacto en las mujeres embarazadas. Y las oposiciones a jueces las ganan más mujeres que hombres. Pero la “trampa” llega con los puestos de libre designación. Hombres. Resulta comprensible que reciten el verso de T.S. Eliot: “Estoy cansado de mi vida, y de las vidas que vendrán detrás de mí”. Ni la política fiscal es un acomodo. “Las mujeres de media ganan menos que los hombres y su capacidad de ahorro resulta muy inferior, y, claro, tampoco pueden aprovecharse de la Bolsa o de la subida de los tipos de interés”, analiza Patricia Gabaldón, profesora de Economía de IE University.

Y en este ajuar de la inefravoración, las mujeres han soportado infinidad de anuncios. En los cursos políticos cuya epifanía era que sufrían un problema de “falta de confianza”. La profesora

Rosalind Gill: “En lugar de transformar un mundo injusto, deben cambiarse a sí mismas”

La primera Nobel de economía, Elinor Ostrom, ganó el premio en 2009 y murió en 2012

ra Rosalind Gill, codirectora del Centro de Investigaciones de Género y Sexo de la Universidad de Londres, pulveriza este arquetipo en su reciente *Confidence Culture* (Duke University Press, 2022). Pulveriza la tesis con escuadra y cartabón. “En esta cultura, la solución pasa porque las mujeres trabajen y se cambien a sí mismas, en lugar de transformar un mundo injusto”, critica. Esa cultura habita en la publicidad sobre el cuerpo y la belleza —sintetiza la docente—, en los consejos acerca de la crianza de los hijos y las iniciativas en las que los objetivos se formulan, cada vez más, en términos psicológicos, y no materiales: hacer que las niñas se sientan más seguras y resilientes. “Hace poco una empresa dijo que la brecha salarial entre hombres y mujeres es culpa de las propias mujeres: ¡Tienen que tener más confian-



za para pedir dinero!", exclama indignada.

Alguien debería escribir un libro titulado *Machiavelli for Women* (Maquívolo para mujeres). ¡Ah!, ya está escrito en 2020. Lo firma la periodista económica Stacey Vanek Smith y argumenta que la transparencia ayuda a traer el cambio. En el Reino Unido es obligatorio que las empresas con al menos 250 empleados expliquen sus diferencias salariales entre hombres y mujeres. Ni parecido a España.

Mentes brillantes

De hecho, la primera Nobel de Economía, Elinor Ostrom, lo ganó en 2009. Murió tres años después. Y su planteamiento ni siquiera era feminista, sino social (bienes comunes). "Las mujeres que cursan el doctorado en economía resultan más brillantes que los hombres", admite Emilio Ontiveros. Pero luego desaparecen. La maternidad es la gran causa. ¿O familia o carrera? En décadas, la decisión no ha cambiado. Un valle de cenizas oscurecido bajo un horizonte de chararra. "El problema de la falta de representatividad entre los economistas es que las personas que ocupan cargos influyentes tienen una experiencia y una formación muy limitadas, por lo que resulta probable que no comprendan los retos que enfrentan muchos de sus conciudadanos", cuen-

ta Diane Cole, docente de Políticas Públicas de la Universidad de Cambridge. Y eso que la hasta hace poco economista jefe del FMI (Fondo Monetario Internacional) era una mujer como lo es también la del Banco Mundial.

A pocos les importa. "Si preguntas [a la gente joven] quién es un economista, dirán que es un hombre joven aburrido en traje", asegura en el *Financial Times* Sarah Smith, profesora de Economía de la Universidad de Bristol. "Si preguntas sobre de qué trata la economía, contestarán de dinero, banca y finanzas". "Durante demasiado tiempo han venerado la independencia y denigrado las conexiones humanas. [Los economistas] han tratado las emociones como algo irracional e indigno de incorporarse a los modelos económicos", lanza Victoria Bateman, profesora de Economía en la Universidad de Cambridge. Hay palabras puestas una tras otra que muestran un cruce de caminos entre el dolor y la vergüenza. "He llegado a ser mujer en un mundo en el que cuanto más sana estás, más loca te hacen parecer". Es la palabra sincera de Hannah Nelson, una trabajadora doméstica afroamericana. Reside entresacada del libro *The Social Construction of Black Feminist Thought, 2008* (*La construcción social del pensamiento feminista negro*) de la socióloga Patricia Hill Collins.

Esa locura ilumina los versos del desaparecido compositor italiano Franco Battiato: "En una época de locos nos faltaban los idiotas del Horror". El ataque a Ucrania también tiene género en estos días de acero retorcido y dolor. "La invasión subraya la importancia de alejarse de los combustibles fósiles", indica Ebru Kongar, profesora de Economía en Dickinson College (Pensilvania). "La audacia de la invasión rusa se debe, en parte, a que su poder proviene de esos hidrocarburos y de la dependencia que el mundo tiene de ellos". Y aclara: "La economía feminista heterodoxa [incorpora las relaciones de poder, interroga y desafía las normas] hace hincapié en el aprovechamiento de recursos sostenibles y alejarse de esa dependencia". Ese es el lado del puente que eligen otras feministas como Radhika Balakrishnan, profesora de Estudios de la Mujer, Género y Sexualidad de la Universidad Rutgers (Nueva Jersey) o Nancy Folbre, responsable del programa de Género y Trabajo de los Cuidados de la prestigiosa Universidad Amherst (Massachusetts). "Soy una entusiasta de la economía heterodoxa porque está más atenta a la identidad colectiva y al conflicto", defiende. Pero hablábamos de una guerra. La bisectriz donde civilización y Humanidad agotan su geometría. "Los economistas deberían prestar más atención al despliegue de la fuerza y la violencia, así como al impacto del cuidado y de la ayuda mutua", observa Nancy Folbre. Es el nuevo Zeitgeist, el clima de la época. Abrasa como el Infierno de Dante.